



Abrazando la Docencia: una Experiencia de Sensibilización frente a las Necesidades Educativas Específicas

Autora: Jenny Patricia Cortez Solano

*E*n alguna ocasión leí que todas las niñas y los niños deberían llevar una etiqueta que dijese “manéjese con cuidado, contenido frágil”. Esta se ha convertido en la premisa que guía mi práctica profesional como docente. Considero que, cada persona debería llevarla, porque somos humanos y guardamos dentro un sinnúmero de emociones. Es así que cuando se cierra la puerta de un aula de clase, un mundo de emociones emerge. En esta constelación de subjetividades, la construcción de ambientes armónicos e inclusivos se vuelve imperante.

Enseñar desde el respeto, desde la emoción, despertar el asombro como emoción primigenia del aprendizaje es la tarea que todo docente debería emprender. Recuerdo la profunda huella que dejó en mí el *Manual para maestros que lloran por las noches*. En él se describe a maestros que no paran de pensar si la clase funcionó o no, si la estrategia que se aplicó fue la adecuada y si no, por qué no fue así. Pensaba, tras la lectura, que hay detrás de un maestro que llora por las noches: la vigilia entre enseñar y abrazar. ¿Qué pasa cuando a quien se pretende enseñar, lucha con todas sus fuerzas por aprender y aun así no lo logra?, ¿qué pasa con el que, a pesar de todo el cariño que expresa para su maestro, no puede parar de moverse?, ¿qué pasa con el que, a pesar de querer un abrazo, se encierra en su mundo y no permite nadie entre?

Pensaba en mi propia situación, enfrentando una carga laboral extenuante, siendo madre, estudiante de posgrado y docente. ¿Cuántas veces se aplica la perspectiva de género para evaluar? Creo firmemente que las mujeres deben ser abrazadas por la educación, mucho más si son madres. Pero, en un sistema que borra las diferencias, las ponemos a competir en la misma carrera con un niño en brazos, a entregar ensayos y monográficos sin que importe que lo hacen mientras el llanto de un bebé detona junto a ellas en la fría madrugada.

En la búsqueda de respuestas me encontré con Catherine L’Ecuyer y la *Pedagogía del asombro* y entonces entendí que el miedo no enseña;

sino que bloquea el aprendizaje, que la evaluación no se debe aplicar para ratificar la asimetría de poder entre un docente y un estudiante. Por primera vez, entendí que la evaluación debe medir al verdadero responsable del aprendizaje: a mí y mis prácticas. Cada día, pensaba en cómo debería ser un aula que no coloque en el punto ciego a quien ha sido diagnosticado con Trastorno de Déficit de Atención e Hiperactividad o Trastorno de Desarrollo Intelectual, cada día pensaba que el sistema evalúa de forma injusta a los más vulnerables.

Es así que empecé a implicarme en la educación emocional y mi meta era mejorar la salud mental de mis estudiantes. Luego, estuvieron los comentarios alentadores de quienes creían que una educación diferente era posible y también de aquellos que creían que la exclusión y el grito eran la única herramienta docente. Fue así como llegó mi primer estudiante con Trastorno de Desarrollo Intelectual leve (TDI) y él me cambió la vida. Vi a su madre llorar explicando la condición de su hijo mientras escuchaba en sala de profesores comentarios como: “una excusa para la vagancia”, “todo se justifica para no estudiar” o “vago”, “distráido”. La diferencia entre querer aprender y no poder hacerlo es enorme, el diagnóstico de este estudiante implicaba daños neuronales y por increíble que parezca nadie parecía entenderlo. A esto se suman los comentarios de los docentes al estudiante: “pon de parte”, “te vas a quedar a supletorios”, “ya estás grande, sé responsable”; rápidamente empezó a bajar su autoestima y luego, dejó de asistir.

Un día entró en crisis de ansiedad, le faltaba el aire, no podía respirar. Le pasó en clase de matemática, cuando el docente exigía que resuelva los mismos ejercicios que sus compañeros, haciendo caso omiso de la adaptación grado 3 que debía aplicar. Cuando lo encontramos con la psicóloga, el estudiante lloraba, tenía los puños cerrados y no quería hablar con nadie. Solo entonces entendí la crueldad, cuando el docente dijo: “Se puso así porque no quería dar la prueba”. Pensé entonces que las Necesidades Educativas Específicas son invisibles y que, por lo

tanto, los docentes necesitan ser sensibilizados ante estas condiciones.

Nuevamente volvía a encontrarme con un libro *Evaluar con el corazón* entonces comprendí que la educación debe volver a ser humana, debe volver a las emociones para respetar la neurodivergencia. Apareció el optimismo, la risa y el juego como elementos para que todos y todas aprendan desde la comprensión y el respeto a lo que sienten. Aprendí con ellos que hay que validar todas las emociones y respetar lo que sentimos cuando aprendemos. Sin embargo, nada me habría preparado para que una pequeñita de octavo de Educación General Básica me aborde un día y me diga: “Profe, mi mamá está enferma del alma, tiene depresión y está medicada, duerme mucho”.

Mi corazón se quebró en mil pedazos; sabía que no había ningún contenido en la asignatura de Lengua y Literatura que pueda contener lo que ella sentía. Ese día, nació el proyecto: *Sorprendizaje: pedagogía del asombro, mundos de papel y vocación*, un espacio para aprender sobre emociones y validarlas, acompañar y acoger. Pasó el tiempo y la pequeña me dijo: “quiero ser psicóloga” y tampoco estaba preparada para que ella me enseñara una técnica de autorregulación a través de la respiración: el abrazo de la mariposa.

Como si una profesional estuviese frente a mí se colocó perfume en las manos y cruzó los brazos y empezó a emular el aleteo de la mariposa; esa técnica la aprendió en *Tik Tok* para ofrecer ayuda a su madre. Todos los estudiantes de ese curso, empezaron a usar la técnica para calmarse, fue increíble. Cada minuto del proyecto, recordé a mis dos estudiantes y la forma en que el manejo de sus casos, me permitieron aprender para ser sensible a diferentes realidades.

Desde entonces, esa ha sido mi constante lucha, sensibilizar docentes sobre las emociones y su implicación en el aprendizaje. Generar espacios para que sea evidente que a veces las limitaciones se vencen desde lo afectivo, desde la empatía. Que la condición humana exige validar emociones y que el miedo debe quedar fuera del salón

de clase. Que una sonrisa cálida puede abrigar miles de corazones, que la educación emocional es una urgencia que debe motivar la creación de políticas públicas de acceso y atención para la salud mental

No podía cerrar esta reflexión, sin mencionar que una evaluación psicopedagógica es costosa en términos económicos y de tiempo, por lo tanto, no todos los estudiantes con NEE han sido diagnosticados. Qué decir del tratamiento, su valor oscila entre los setenta y cinco hasta los ciento cincuenta dólares, por lo que hay miles de estudiantes sin tratamiento. Esta es una convocatoria para abrazar la neurodivergencia en un país pobre, en el que la salud mental es un privilegio. Crear aulas inclusivas es el nuevo y único deber ser de la educación. Abrazar la diferencia y promover estrategias de aprendizaje para todos es la única salida que devuelve la humanidad al salón de clase. Sorprender para aprender y emocionar para enseñar es la mejor estrategia que comparto con quien quiera desafiar el arte de enseñar a quien quiere aprender.

